

LA SORDERA DEL CORAZÓN Y LA TARTAMUDEZ ANTE LA VERDAD

P. Prisciliano Hernández Chávez, CORC

No oír absolutamente nada, o no oír bien; estar mudo, o ser tartamudo, son condiciones que impiden unas buenas relaciones sociales o amistosas. Se puede prestar a la hilaridad, porque el “el sordo no oye, pero compone”, o por el trastrablilleo de las palabras. Puede crear situaciones verdaderamente incómodas y difícilmente caritativas, por la condición humana proclive a la crítica o a la burla. Para eso se es hábil y comedido, aún sin malicia. Lo grave es que oyendo, no se escuche o teniendo capacidad para hablar, se prefiera callar.

Por supuesto para el derecho ordinario, dice el dicho que “el que calla, otorga”, pero para la postura virtuosa en la Iglesia, como Jesús ante la acusación de aquella pobre mujer sorprendida en adulterio y acusada y a punto de ser lapidada, el Señor simplemente, se inclinó para escribir previa invitación: “el que esté limpio de pecado, que tire la primera piedra”; el silencio se hizo, y la multitud empezando por los viejos, se empezó a retirar. Así en su diálogo con Pilato, después de un diálogo inicial, Jesús acusado injustamente, guardó silencio. En la Cruz, no se defendió, solo pidió misericordia para los que lo acusaban y crucificaban: “Padre, perdónalos...” Lo grave es la cerrazón del corazón para no escuchar la Palabra de Dios, o las palabras sensatas fruto de grande ponderación, de experiencia, o sabias.

En estos temas éticos y religiosos, vale la sentencia de Antoine de Exupery “solo se ve bien con el corazón, lo esencial es invisible para los ojos”, clave hermenéutica para el diálogo entre personas que se precian de tales o para el diálogo interpersonal divino- humano. Hoy existe la sobre explotación de datos, informaciones y opiniones que causan tanto ruido y estrés, que dificultan la comprensión de la verdad y el respeto entre las personas. Existe grande dispersión causante de un gran cansancio. Se propicia la sordera psicológica. Con facilidad se dice, se ataca, se confunde.

Estamos urgidos de un milagro que sane la sordera del corazón y la dificultad para proclamar las palabras amables, edificantes; una filosofía que valore a las personas en cuanto tales, a su dignidad, lejos de toda parcialización ideológica. Señala Borges que vió tantos perros correr sin sentido que aprendió a ser tortuga y apreciar el recorrido; que las heridas fuertes nunca se borran del corazón pero siempre hay alguien dispuesto a sanarlas, con la ayuda de Dios.

Jesús puede sanar esa sordera y esa lengua paralizada ante la mentira y las injusticias (Lc 14,25-33). A veces los pobres son botín de políticos o de economistas. El Papa Francisco, levanta la voz para defenderlos en una

propuesta que molesta a los instalados y a aquellos que valoran los dineros y no a las persona, quizá por eso se propiacia el ataque constante a su persona.

El Apóstol Santiago, hermano del Señor, es incisivo: no se puede en las asambleas hacer discriminación por cuestión económica (Sant 2, 1-5): Dios ha elegido a los pobres del mundo para hacerlos herederos del Reino. Isaías nos habla (35, 4-7), de los futuros tiempos mesiánicos, cómo se iluminarán los ojos de los ciegos, la lengua del mudo cantará, y la tierra seca se convertirá en manantial. El salmo 89, es una invitación a ver lo que es la vida para ser sensatos; le pedimos al Señor que nos llene de sus amor por la mañana y el júbilo será la vida toda.

Escuchar y hablar con el Señor, escuchar con el corazón a los hermanos, porque “El Señor siempre es fiel a su palabra y es quien hace justicia al oprimido...ama el Señor al hombre justo y toma al forastero a su cuidado...trastorna los planes del inicuo. (Sal 145).

AGOSTO 2018

